

domingo 19 de junio de 1983

unomásuno

Hace un año, en este mismo lugar apareció un texto nuestro titulado *Zócalo rojo*. La frase daría nombre a un espléndido libro de Rogelio Hernández y Roberto Rock (miembros de una por fortuna extensa, espléndida nómina de jóvenes reporteros políticos entre los que cabría citar, con temor de omisiones, a René Delgado y Julio Hernández, de esta casa) sobre la campaña electoral del PSUM. Naturalmente, expresión tan dichosa no era nuestra, sino de don Alejandro Gascón Mercado, quien la pronunció al cabo de la gran concentración con que ese entonces nuevo partido cerró su actividad con vistas a las elecciones.

Aquel fue un día prodigioso, por los encuentros que suscitó. Uno de ellos, el que por su dimensión pública es el que debemos abordar aquí, fue el de la masa ciudadana con su principal plaza pública. Desde los días del 68, el Zócalo era terreno vedado para la expresión democrática. Se le había hecho reservorio de las concentraciones multitudinarias forzadas o, por lo menos inducidas, siempre en apoyo de la política gubernamental o de la persona de quien la pusiera en práctica. Era un Zócalo acrítico, frío, pura baldosa calentada apenas a las seis de la tarde, cada día, cuando no faltan patriotas comunes que se estremecen al percibir distintos a la bandera nacional y aquellos que la usan para fines que no son los de la nación que ella simboliza.

Aquel Zócalo Rojo obró una transformación en la antigua Plaza de Armas. Ahora es un Zócalo multicolor. A partir de entonces recobró su talla de lugar de encuentro de toda suerte de esfuerzos cívicos, aun aquellos torcidos. Así, el lugar fue

Zócalo multicolor

Miguel Ángel Granados Chapa

el escenario idóneo para que en los primeros días de septiembre el público, mucho más allá de las invitaciones propiciadoras, se volcara allí para concelebrar la nacionalización de la banca. Con análoga coloración popular, el 9 de junio pasado la plaza fue ocupada durante unas horas por una viva multitud de sindicalistas de izquierda que se afanaron en conseguir, al mismo tiempo, más salarios y más respeto para su condición de interlocutores inevitables de los poderosos. En semejante tesitura, el Zócalo ha sido testigo también de la huelga de hambre de los parientes de los desaparecidos políticos. Se ha convertido así nuestra Plaza de la Constitución, en Plaza de Mayo mexicana. Madres de allá y de acá, de la Argentina y de México, en esos espacios abiertos a la libertad reclaman la satisfacción del derecho vital de saber de los suyos, cuya presencia fue segada por la ferocidad represiva. Ultimamente utilizaron el mismo recurso de la huelga de hambre médicos desempleados que se proponen contribuir a poner fin a la paradoja de que haya enfermos sin cura y médicos sin trabajo.

Hasta para esfuerzos torcidos sirve el Zócalo dijimos. Los generalmente atildados legisladores del PAN han hecho allí algún plantón, de igual manera que clérigos retrógrados pretendieron convertirlo ayer en sede de un Día Nacional de Oración que resultó frustrado, no porque la religiosidad de los mexicanos ya haya dejado de ser campo fértil para la manipu-

lación política, sino porque la comunión de los pobres con Dios, el Dios del que esperan y en que confían hastiados de no hallar entidades más concretas en quien hacerlo, se establece cada vez de modo más directo, sin organización intermediaria alguna.

Aun el SNTE redescubrió el calor y el color del Zócalo. Su cúpula, que es la de la Vanguardia Revolucionaria del Magisterio, hizo llegar allí, el viernes 17, a una muchedumbre, tan contestataria en la apariencia como la que de modo creciente engrosa las filas de la CNTE. La ineptitud política de los encargados de operar la actividad del Presidente, y no un propósito explícito y previo, hizo que De la Madrid fuese testigo involuntario del mitin magisterial, que sin duda le habrá hecho reflexionar, una vez más y en una perspectiva nueva, en la honda de la crisis, en que aún los *charros* sienten necesidad de espolpear a sus cabalgaduras en pos de mayores remuneraciones para sus agremiados.

Rojo el Zócalo hace un año, multicolor ahora. Es la sociedad en marcha la que lo ocupa. No confundamos —no confundimos— los signos con sus significados. La Plaza de la Constitución, las plazas abiertas, son un símbolo. También lo son las manifestaciones, los mitines. Son parte de la política, de la movilización ciudadana, pero obviamente a ello no se reduce la política, la movilización ciudadana. Pero el que existan, prueba que la crisis no ha provocado sólo la reiterativa irritación de los estratos medios aforantes de paraísos perdidos. También está convirtiéndose en almácigo del que brotarán formas nuevas de expresión ciudadana, que no debe perder la pasión indignada, pero ha de recorrer caminos eficaces.